Puntos fundamentales de las relaciones humanas

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Como seres humanos, todos compartimos el mismo mundo, sin embargo en ese mundo no compartimos todos los mismos intereses. Nuestros intereses no siguen siempre líneas paralelas: Frecuentemente se cruzan y entran en conflicto entre si. ¿Deben acaso ser comunes nuestros intereses para evitar estos conflictos? ¿O deben los hombres en la sociedad despojarse de algunos de sus intereses para su mutuo bienestar? En esto consiste el problema de la relaciones humanas.

Existen dos métodos para llegar a los fundamentos de las relaciones humanas. Uno de ellos es la observación de los hechos, el estudio del hombre, tal como realmente lo encontramos o creemos que es. Esto comprende las ciencias de la Etnología y de la Antropología, el origen del hombre y su dispersión en diversas razas. Comprende igualmente la investigación sobre la formación de los hábitos humanos, y sobre las necesidades del hombre para su subsistencia.

Incluidas en tal estudio se hallan las reacciones humanas ante las circunstancias que surgen en la región habitada por el hombre. ¿Qué hace al hombre emigrar de una región a otra? ¿Por qué razón algunas razas muestran preferencias claramente distintas?

El otro medio de acercamiento al problema de las relaciones humanas es el análisis del propio obstruccionismo del hombre. Es el tratar de determinar cuáles son los obstáculos que el hombre coloca ante sí mismo, bien voluntariamente, bien por ignorancia. Por obstáculos y obstrucciones queremos significar aquellas situaciones, que el hombre pone en su propio camino, con sus acciones y sus pensamientos.

Inmediatamente surge la pregunta siguiente: "¡Cuál es el camino que se supone ha de seguir el hombre en la vida?" No basta simplemente el estudiar qué es lo que estorba el progreso del hombre hacia determinadas metas.

Las relaciones humanas deben considerar igualmente si el hombre debe, en realidad, dedicarse a la prosecución de los fines que él ha seleccionado para su propio bien.
Para saber esto, es necesario determinar los móviles y deseos que existen tras el comportamiento y las acciones del hombre. Después de todo, hay cierta diferencia entre un deseo y la interpretación de su función y satisfacción.

El deseo más ostensible y básico del hombre, como de todas las cosas vivientes, es el de naturaleza biológica. Este es el impulso instintivo de vida, el instinto de conservación del ser físico. Este impulso es *un móvil subordinado* o *contingente.* Surge de la fuerza de la vida dentro de nosotros mismos. No

precisa ser razonado. De hecho, en la persona normal no es necesario que ésta ejercite su voluntad para poner en vigor este instinto de conservación. Y esto es una fortuna, porque de lo contrario nuestros intereses y atracciones superficiales harían que disminuyera el valor de la vida.

Aun cuando los hombres dependen del impulso instintivo de vida, esto les inclina también a ser independientes, por paradójico que pueda parecer. Los hombres, ante todo, son independientes de los intereses de los demás hombres, a no ser que puedan relacionarse con sus propios intereses. Su dependencia de la necesidad de autoconservación hace que los hombres sean egocéntricos.

Fundamentalmente, todos sus intereses son centrípetos, esto es, que revierten al yo personal. Este instinto coloca a todo ser humano en competencia con todos los demás, en cuanto se relaciona con las cosas esenciales que puedan juzgarse como necesarias para la vida. De hecho, esta condición inherente a la naturaleza física humana hace de los hombres algo más que simples competidores: Las circunstancias que concurren para alcanzar el triunfo de la propia existencia, a menudo convierten a los hombres en enemigos.

El aspecto mental

El aspecto mental de la naturaleza del hombre es aún otra manera por la cual éste con frecuencia obstaculiza su propio progreso. Nos referimos a este aspecto mental como el yo. De hecho, el yo es la integración de la naturaleza humana. Es todo cuanto se refiere a sus variadas expresiones, pero es, en particular, la conciencia que tiene el individuo de su propia entidad.

Es ese darse cuenta de que él es, o bien, la conciencia del YO SOY. Sin embargo, el lado mental de su ser no depende en forma tan definida de ciertos factores como depende el físico. Tras el organismo físico se halla el impulso insistente y punzante de vivir.

No obstante, la mentalidad del hombre es de un modo singular, tanto dependiente como independiente. Depende del funcionamiento mecánico de procesos particulares: El percibir, el conocer, requieren el funcionamiento de los sentidos receptores, del sistema nervioso y de las complejas reacciones del cerebro.

El aspecto independiente del yo mental se halla en la organización del pensamiento del hombre. Este puede sintetizar sus ideas a voluntad, por medio del razonamiento: Puede rechazar, o puede seleccionar y combinar ideas, independientemente de lo que los demás seres humanos puedan hacer. Cada uno tiene, en mayor O menor medida, una orientación completamente diferente en relación con la vida.

No existen dos hombres o dos mujeres que tengan exactamente experiencias paralelas. Esto se debe principalmente al hecho de que las circunstancias del ambiente son diferentes. Dos personas que vivan en la misma calle, incluso en la misma casa, pueden tener experiencias diferentes en su

contacto con la vida. Asimismo pueden formar un simbolismo enteramente distinto en sus propias mentes, para representar sus experiencias.

Como consecuencia de esta independencia en su pensar, el curso de la vida llega a tener variados significados para el hombre. Los hombres establecen diferentes finalidades para la vida; por lo tanto asignan a ésta una valoración que resulta de íntima significación para ellos solamente. Corresponde a la evaluación particular que le han dado a los eventos experimentados por ellos personalmente. Los ideales que los hombres sustentan, los mismos principios que desean vivir, se hallan reflejados en su comprensión y en su independencia de pensamiento.

Estos ideales y objetivos que los hombres se establecen para sí mismos, se integran con su existencia física. No les basta vivir; el vivir debe ser dentro de los términos de una significación particular para ellos. Cualquier persona o cosa que viniera a estorbar estos ideales y aspiraciones suyos, parecería estar atacando su impulso o instinto básico de vida.

Cada uno de nosotros hemos dicho con frecuencia, o por lo menos hemos oído decir a otros, que no quisieran vivir, si les faltara en la vida esto o aquello. Los que involuntaria o voluntariamente destruyen los sueños de los demás, se crean enemigos al obrar así. Y esto se debe a que tales acciones son para el ego y la existencia del yo, tan perjudiciales en los individuos como pudiera serlo el arrebatarles el alimento de sus bocas.

El problema específico de las relaciones humanas radica en cómo reducir los conflictos que existen entre los hombres. Es probable que resulte de gran importancia una acción por parte de los hombres, caracterizada por la unión y la voluntad, los hombres cooperando unánimemente sobre un mismo objetivo, esto es, un objetivo que tenga un interés común a todos. La única cosa en que el hombre es potencialmente libre, es su modo de pensar.

Como ya hemos dicho, el mecanismo por medio del cual piensan los hombres es común a todos. Sin embargo, la disposición particular de las ideas individuales y el significado derivado de las mismas es una cosa puramente individual. Es evidente pues, que no puede existir verdadera coacción proveniente del exterior.

Sea cual fuere la fuerza que los demás puedan emplear para imponer sus ideas, una idea nunca llega a ser una íntima convicción para nosotros, a menos que reciba nuestro consentimiento y aceptación personal. La conformidad externa con las ideas de otras personas, el hecho de que parezca uno convenir con las mismas exteriormente, no es prueba absoluta de conformidad. Una persona puede hallarse obrando con evasión o reserva mental.

Resentimiento profundo

Hoy día, como en siglos pasados, el obligar a los hombres a aceptar formas de vida (religiosa, política y económica) que no corresponden en modo alguno con su manera personal de pensar, engendra un resentimiento profundo. Muchos contemporizan con las ideas que les han sido impuestas

solamente porque, para preservar sus vidas, están obligados a reprimir sus impulsos instintivos. No obstante, esperan continuamente la oportunidad de reafirmar la individualidad de su pensamiento.

Para reemplazar los conflictos en las relaciones humanas con un estado de armonía, debe haber conformidad del individuo con la conducta y actividades de la sociedad en general. Esto debe lograrse sin ningún sacrificio extremo de las opiniones personales, del razonamiento o la libertad de pensamiento individuales. La conformidad del individuo debe venir como consecuencia de ,algún principio que satisfaga su razón.

Los fines establecidos para las relaciones humanas deben estar en armonía con la experiencia personal del individuo. Para su mente, tales fines deberán, por lo menos, tener una probabilidad racional. Pero, ¿cuál modo o género de vida promoverá el bienestar de la mayoría de los hombres, como seres individuales? Las relaciones humanas deben tomar en consideración que los hombres fueron seres individuales mucho antes de que se convirtieran en una unidad social o en un grupo político, como el estado.

¿Qué lecciones han sido aprendidas de la experiencia? ¿Qué es lo que, en la experiencia, se ha encontrado conveniente y aplicable a todos los hombres para su bien? Esto exige que el futuro en las relaciones humanas no sea divorciado del pasado, sino que sea desarrollado de éste.

Los ideales de los hombres deben ser un producto práctico de la experiencia. Como decía el eminente filósofo americano, John Dewey: "Alguna finalidad debiera ser superior al comportamiento." El comportamiento y el pensamiento debieran ser analizados de tal manera que quedase revelado lo que es mejor para la mayoría de los hombres. El ideal a seguir entonces, debiera ser una ampliación o extensión de aquello que se hallara ser lo mejor.

El ideal debe ser siempre trascendente, esto es, algo que esté más allá del presente. Además, nunca debe ser un simple fuego fatuo, sino más bien aquello que realmente pueda alcanzarse. Una vez que ha sido alcanzado el ideal, éste proporciona una visión mental más amplia a los hombres, quienes se hallan entonces capacitados para ver más allá del mismo. Por consiguiente, cuando los ideales han si do real izados, han satisfecho una finalidad. El sustentar únicamente los ideales realizados y no continuar más allá de ellos, es estacionarse uno dentro de su propio pensamiento.

¿Cuáles son algunos de estos ideales prácticos que se han descubierto en las relaciones humanas? En la vida práctica se ha descubierto que el hombre debe reconocer su dependencia de un poder o fuerza suprema en el cosmos. La ciencia está revelando continuamente los efectos fenomenales de la naturaleza sobre nuestras vidas. Ninguna causa primaria de tal poder o fuerza ha sido aún conocida de manera empírica y objetiva.

En su modo de pensar sobre este tema, los hombres se han dividido frecuentemente entre el *vitalismo* y el *mecanismo.* Discuten sobre la existencia de una mente como fuerza primaria, o simplemente de una fuerza natural impersonal subyacente en todas las cosas. Sin embargo, tanto los

hombres de la concepción vitalista, como los de la mecanista, tienen motivos apreciables. Actúan con humildad, cuando se acercan a lo que conciben como la causa inexorable e inescrutable de todo. Asimismo, a ambos les agrada aumentar su comprensión y sentimiento acerca de la noción que poseen sobre el poder supremo.

El insistir sobre un único concepto religioso constituye el absurdo de suponer que se conoce la causa absoluta de toda existencia. Más aún, el imponer semejante concepto único a los demás es una persecución. Supongamos por ejemplo que la causa divina u original es un círculo que todo lo abarca. Digamos entonces, que la consciencia humana no es más que un punto dentro de ese círculo. Toda idea única de Dios no haría más que moverse en una dirección dentro *de ese círculo,* y ninguna dirección única de pensamiento puede jamás incluir la dimensión total de la substancia divina.

Otra falacia

Otra falacia del pensamiento que las relaciones humanas correctas deben hacer desaparecer es la idea de una raza superior.

Razonemos juntos por un momento. En primer lugar, adoptemos la posición de que los hombres creen en un ser divino, causa teleológica o mental llamada Dios.   Creyendo eso, debe seguirse que todas las cosas tienen que ser la intención de este Dios. El hombre mismo no seria más que una manifestación de tal fuerza o ser divino. En esencia, pues, todos los hombres son iguales. Ciertamente, todo lo que existe como una creación divina, proviniendo de la divinidad, no habrá de ser de un valor inferior al de las demás cosas. Las cosas, o son divinas o no lo son. No lo pueden ser a medias.

Ahora, adoptemos la posición opuesta, o sea la de aquellos que son completamente naturalistas. Estos son los que afirman que en la ley natural o los fenómenos físicos se encuentra la explicación de toda manifestación dentro y fuera del hombre. Naturalmente, en tales circunstancias, la naturaleza seria completamente impersonal.

Ahora, supongamos que una raza o pueblo aparece poseyendo cierta ventaja. De acuerdo con este punto de vista, los demás pueden entonces gozar la misma ventaja adaptándose a la misma condición que produjo tal ventaja en aquella raza o pueblo.   La educación y los intercambios culturales producirían una mera igualdad entre los pueblos. Por consiguiente, ambos puntos de vista, el religioso y el naturalista, conducen al mismo fin: La superioridad en el hombre no es una herencia racial.

La superioridad en las gentes es una cuestión de desarrollo y cultivo de la inteligencia y conciencia del individuo. Más aún, esto requiere la oportunidad de utilizar la inteligencia. Los hombres no son superiores como clase o como grupo, a menos que como individuos adopten un modo superior de pensar y de vivir. El permanecer simplemente en el vestíbulo de un banco no hace rico a un hombre; tampoco el color de la persona la hace superior.

La cuestión de los derechos humanos surge frecuentemente en las relaciones humanas. En realidad, los hombres están siempre discutiendo acerca de sus derechos absolutos e inalienables. Cuando nos detenemos a considerar el asunto, ni siquiera el vivir es un derecho absoluto. La naturaleza no da semejante garantía. Cada uno de nosotros es un producto de la fuerza vital. Solamente tenemos el privilegio de tratar de comprender esa fuerza vital y de emplearla inteligentemente.

Los derechos delegados son la autoridad y el poder que los hombres se confieren entre sí. El que delega la autoridad no la ha recibido por ningún nombramiento divino. Solamente puede recibirla del poder y del reconocimiento colectivo de los demás hombres. Por consiguiente, los derechos delegados se comunican de un hombre a otro. El verdadero derecho delegado representa la centralización del poder personal de muchos hombres sobre un solo hombre, o sobre un grupo de hombres. Por lo tanto, dentro de la sociedad, ningún hombre puede delegarse a sí mismo un pretendido derecho para ejercerlo contra los demás. El único derecho supremo que existe entre los hombres en la sociedad, es el poder colectivo que le asignan a ésta a través de sus voluntades libres, de su propia volición.

El problema de las relaciones humanas, pues, conduce al estudio de la humanidad con el fin de poner de relieve y extirpar las causas básicas de todo conflicto. La filosofía Rosacruz presta una muy valiosa contribución a las relaciones humanas. Esta coloca al hombre ante su *real* y *verdadero* yo. Cultiva en el hombre además, cierta apreciación de su individual dependencia del Cósmico. Asimismo, las enseñanzas Rosacruces ayudan al individuo a preservar la independencia de su pensamiento.